

---

---

# ***EL HOMBRE Y LA MUJER ANTES Y EN LA MODERNIDAD. DEL GÉNERO VERNÁCULO AL SEXISMO ECONÓMICO***

***Jorge Márquez Muñoz***

## **Lo vernáculo**

El término *vernáculo* proviene de una raíz indogermánica que implica la idea de “enraizamiento” (“raigambre”), “morada”. En latín, *vernaculum* designaba todo lo que había sido criado, tejido, cultivado, hecho en casa, en oposición a lo que se obtenía en un intercambio. El hijo de tu esclava y el de tu esposa, la cría de tu borrica eran seres vernáculos, de la misma manera que lo que obtenías de tus campos y de las tierras comunales. Si este hecho hubiera captado la atención de Karl Polanyi, habría podido emplear el término en el mismo sentido que los romanos de la Antigüedad: el sustento obtenido a través de estructuras de reciprocidad inscritas en cada aspecto de la existencia, diferentes del sustento que proviene del intercambio monetario o de la distribución vertical.

Hasta las formulaciones técnicas del código teodosiano, el término *vernáculo* fue empleado en este amplio sentido, de la época preclásica. Varrón es quien recurre a este término para introducir una distinción similar a propósito de la lengua. Según Varrón, el habla *vernacula* está hecha de palabras y expresiones cultivadas en el mismo dominio de aquel que se expresa en oposición a lo que ha sido cultivado en otro lugar e introducido (...)

El término *vernáculo* se introdujo en el inglés y en el francés en el sentido estricto de Varrón. Precisamente hoy, me gustaría retomarlo en su senti-

do original. Necesitamos una palabra sencilla, justa, que sirva para designar las actividades de la gente cuando no actúa movida por las ideas del intercambio, una palabra para referirse a las acciones autónomas, fuera del mercado, a través de las cuales la gente satisface sus necesidades cotidianas; acciones que, por su naturaleza misma, escapan del control burocrático, que satisfacen necesidades conformadas en este proceso y por la misma acción. *Vernáculo* me parece una buena palabra, con solera, se ajusta a este objeto y puede ser admitida por muchos de nuestros contemporáneos.

Hay términos técnicos que designan la satisfacción de las necesidades que los economistas no tienen la costumbre o la capacidad de evaluar: producción social en oposición a producción económica, creación de valores de uso en oposición a producción de mercancías, economía doméstica en oposición a economía de mercado. Pero son términos especializados, teñidos de prejuicios ideológicos; no son, cada uno por un motivo distinto, términos adecuados. A su manera, cada par de términos opuestos crea la misma confusión al asimilar las actividades vernáculos a las actividades no remuneradas que se han hecho oficiales y uniformes. Es esta clase de confusión la que me gustaría disipar.

Nos hace falta un adjetivo sencillo para hablar de estos actos de competencia personal, de simples ganas o de cuidado mutuo que queremos proteger de los cálculos o de las manipulaciones de la Escuela de Chicago y de los comisarios socialistas. Este término debe ser lo suficientemente amplio como para designar, de un modo apropiado, la preparación de la comida y la adquisición de la lengua, la manera de parir y de divertirse, sin confundirlas con actividades privadas como son las labores domésticas de la mujer moderna, ni tampoco con un pasatiempo o con una costumbre primitiva o irracional. No disponemos de un adjetivo así, pero *vernáculo* puede valer. Al hablar de la lengua vernacula y de la posibilidad de su recuperación, intento hacer aflorar a la conciencia y a la discusión la existencia de una forma de vivir, de actuar, de fabricar que, en una sociedad futura deseable, podría extenderse de nuevo a todos los aspectos de la vida.<sup>1</sup>

En fin, lo vernáculo es lo que tiene que ver con la economía que Illich

---

<sup>1</sup> I. Illich, *Shadow Work*, Boston, Marion Boyars, 1981, pp. 57-58. Traducción de Jorge Márquez Muñoz.

denomina de subsistencia o economía con límites —es decir, cualquier economía a excepción de la capitalista que se plantea un crecimiento al infinito—,<sup>2</sup> una lengua que no es dominio de profesionales, que no tiene complicadas normas gramaticales como las llamadas *lenguas madre*, y por último a un conjunto —llamado género— que a la vez se divide en dos subconjuntos —lo masculino y lo femenino— que no ambicionan ser iguales, sino que viven de acuerdo a sus diferencias complementándose de una forma asimétrica y ambigua el uno al otro.

<sup>2</sup> Tres textos de Georges Bataille puntualizaron en la paradoja que representaba el crecimiento al infinito propio de las sociedades modernas. Dicha paradoja puede resumirse en las siguientes líneas, mismas que sintetizan el atolladero en que se encuentra la modernidad: “Sólo el desarrollo gigante de los medios de producción tiene la fuerza de revelar plenamente el sentido de la producción, que es el consumo improductivo de las riquezas —la realización de la conciencia de sí en los libres desenfrenos del orden íntimo. Pero el momento en que la conciencia que opera ese retorno sobre sí misma se revela ella misma a sí misma y ve la producción abocada a su consumo, es precisamente aquel en el que el mundo de la producción no sabe ya qué hacer con sus productos” (G. Bataille, *Teoría de la religión*, Taurus, Madrid, 1973, p. 98.) Y esto debido a que “el hombre del crecimiento industrial no tiene más finalidad que el crecimiento” (G. Bataille, *La part maudite*, France, Les Editions de Minuit, 1967, p. 189.) El hombre que está al servicio del crecimiento, que ve el crecimiento como un fin y no como un medio —como siempre en el pasado había sido visto— es el hombre que mejor produce, pero que no tiene motivos por los cuales producir. Esta es la contradicción que Bataille nos muestra.

El otro texto en que Bataille se refiere a la contradicción de un mundo que crece económicamente más rápido que ningún otro pero que no sabe ya qué hacer con su crecimiento, es: “The Notion of Expenditure”, en *Deconstruction in Context. Literature and Philosophy* (editado por Mark C. Taylor, Chicago, The University of Chicago Press, 1986.)

Por otro lado, Polanyi plantea que el hecho de que el crecimiento del capitalismo tenga esa naturaleza de producción infinita, conlleva a los hombres y mujeres a la dependencia del mercado, aun para la subsistencia. Polanyi no vacila en llamarle a la idea —y la actualización de ella— que pretende que todo cuanto los seres humanos requerimos, en términos materiales, debe ser obtenido en el mercado, *La gran transformación*. La importancia del papel de los mercados, no tiene precedentes en nuestra historia; aparece sólo al lado de la consolidación del capitalismo. El mercado es necesario para una sociedad que se plantea con un crecimiento ilimitado, porque, sólo a través de él, puede favorecerse ese tipo de crecimiento.

Polanyi, en *La gran transformación*, nos muestra lo novedoso que es el que de los intercambios comerciales se obtenga una ganancia. Y Bataille nos muestra lo novedoso que es el hecho de que se piense que esa ganancia es para ser reinvertida, en vez de para ser gastada. Ambas novedades son del mundo capitalista. Nunca antes en la historia del hombre se consolidaron e incluso, las más de las veces, dichas ideas ni siquiera se conocieron. (En la nota 9 incluyo bibliografía de Polanyi que demuestra lo que aquí estoy diciendo. De igual manera, las referencias que hice sobre Bataille, unas líneas arriba, pueden ser tomadas como una guía para profundizar en lo que aquí estoy diciendo).

---

## El género

Illich define género como:

una diferenciación en la conducta que es universal en todas las culturas vernáculas. Distingue lugares, tiempos, herramientas, tareas, formas de lenguaje, gestos y percepciones asociados con hombres de los que están asociados con mujeres. Esta asociación constituye el género social porque es específico de una época o un lugar. Le llamo género vernáculo porque tal conjunto de asociaciones es tan peculiar de un pueblo tradicional (en latín, *gens*) como lo es su habla vernácula.

Utilizo la palabra género de una nueva manera para designar una dualidad tan obvia en el pasado que ni siquiera cabría darle un nombre y que hoy nos es tan distante que a menudo la confundimos con el sexo. Al decir sexo me refiero a una polarización en aquellas características comunes que, a partir de fines del siglo XVIII, se atribuye a todos los seres humanos.<sup>3</sup>

## El género vernáculo

bajo el género hombres y mujeres dependen colectivamente unos de otros; su mutua dependencia fija límites a la lucha, a la explotación, a la derrota. En contraste con la cultura vernácula el régimen de la economía, de la escasez, impone una guerra sin tregua y formas siempre nuevas de derrota y de revancha para cada mujer.\*

El género vernáculo es el tipo de convivencia que los grupos que no han sido occidentalizados, conservan. Es el tipo común en la antigüedad y en todos aquellos sitios en donde la modernidad no ha entrado.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> I. Illich, *El género vernáculo*, México, Joaquín Mortiz, 1990, pp. 9 y 10.

<sup>4</sup> No así en donde ha entrado parcialmente, como en el llamado mundo subdesarrollado. Aunque, en aquellos sitios en donde no ha entrado por completo, pueden notarse ciertas características propias de dicho género. Volveré más tarde a esto.

\*José María Sbert, Presentación de *El género vernáculo*, de Iván Illich.

*Todo lo vernáculo tiene género.* Los instrumentos, el habla, el trabajo, la lengua, la sabiduría, etcétera, pertenecientes al dominio de lo vernáculo, son ajenos al terreno de lo neutro, pues llevan inscrito un género.<sup>5</sup>

*Todo lo que tiene género es vernáculo.* Aquello que es propio de la modernidad, es decir, aquello que pasa como un *bulldozer* sobre lo vernáculo, lo aplanan todo; lo vuelve neutro.<sup>6</sup> Los géneros quedan aplastados por ese *bulldozer*, y gracias a dicha aplanada, los instrumentos, el trabajo, la lengua, las formas de percibir, de andar, etcétera, se vuelven iguales para hombres y mujeres, quedando como única diferencia, la sexualidad —que por lo demás, siempre ha desempeñado, a excepción de en la modernidad, un papel subordinado, ya sea a la religión o a la organización social.

### La occidentalización

“El hombre occidentalizado es el *homo oeconomicus*. Llamamos a una sociedad occidentalizada cuando sus instituciones han sido reformuladas para la producción de mercancías que cubren las necesidades básicas.”<sup>7</sup> A diferencia de las sociedades occidentalizadas, las sociedades vernáculas satisfacen sus “necesidades”<sup>8</sup> materiales, de acuerdo a sus tradiciones, a sus posibilidades materiales y a sus planes de crecimiento y de destrucción de la producción. Es decir, las satisfacen no de acuerdo a un patrón estándar impuesto por ideales occidentales que deben ser satisfechos en un mercado. Pues las mercancías, en cuanto tales, sólo tienen importancia

---

<sup>5</sup> En *El género vernáculo*, esta idea se encuentra en todos los capítulos, pero el capítulo V es el que con mayor claridad dilucida esta cuestión.

<sup>6</sup> Esto, lejos de contribuir a la igualdad entre el hombre y la mujer, ha traído resultados catastróficos para casi todo el mundo; aunque, el daño mayor, a nivel macro, ha sido para las mujeres. A esto volveré más adelante.

<sup>7</sup> I. Illich, *El género...*, p. 17.

<sup>8</sup> Palabra por demás sospechosa, pues el término remodelado en occidente arguye a una carencia. Carencia que, según el discurso occidental, es universal (según el esquema de Maslow y la economía, incluida la economía política). El mismo Illich desconfió de la palabra en su artículo llamado “Needs”,

hasta que la producción occidental se torna una producción de tipo capitalista.<sup>9</sup>

Ahora, en la idea occidental de que todo el mundo tiene las mismas necesidades —que pueden ser cubiertas con el consumo de mercancías—,<sup>10</sup> no sólo se desvanece el dominio de lo vernáculo, sino también el del género. Las instituciones modernas acaban con lo vernáculo poniendo en su lugar una neutralidad en las ideas, los usos, las maneras de hablar, de pensar, de trabajar, etcétera.

Pero lo moderno no trae consigo la igualdad entre el hombre y la mujer. Tan sólo los inserta en un esquema al que difícilmente se acoplan; aunque cabe aclarar que quien se acopla con mayor dificultad a dicho esquema es la mujer.<sup>11</sup>

Al ser dependientes de mercancías obtenibles únicamente en el mercado, los hombres y las mujeres, requieren de dinero —mismo que en el pasado, según muestra Polanyi en *Trade...*, hasta el surgimiento del capitalismo, siempre había tenido un papel secundario. El dinero es obtenido

---

en *The Development Dictionary. (A guide to Knowledge as power)*, New Jersey, Zed Books, 1992. En éste hacía notar que un hombre con *needs*, necesidades, era un hombre influido por ideas occidentales. Pues las *needs* son una pretensión universal que apuntan a ver como lo más favorable —más aún, como lo más “necesario”—, aquello que obedece al esquema económico, político y social, propio de las sociedades desarrolladas.

Lo que aquí ponemos en cuestión es la idea de que las necesidades son las mismas aquí y allá, es decir, son estables y absolutas, cuando en realidad suelen obedecer tanto a una realidad material como a una simbólica específica.

Occidente, ensalzando sus ideas con tintes de científicidad, extrapola continuamente sus necesidades a los grupos no occidentalizados.

<sup>9</sup> Este es uno de los temas que con mayor asiduidad trató Karl Polanyi. Para profundizar en este punto recomiendo la lectura de dos de los textos más importantes de este autor: *Primitive, Archaic and Modern Economics*, editado por G. Dalton, Boston, Beacon Press, 1971; y *Trade and Market in the Early Empires*, Chicago, A Gateway Edition, 1971.

<sup>10</sup> Y entiéndase aquí como mercancía todo aquello que puede ser consumido en el mercado y que es visto como escaso. Es decir, entiéndase por mercancía también lo que la ortodoxia economicista considera servicios.

<sup>11</sup> A esto es justamente hacia donde nos lleva el primer capítulo de *El género...* Ahí se muestra cómo, tanto en la economía registrada, como en la economía no registrada, así como en el trabajo fantasma, la mujer, a un nivel macro, ha salido peor librada que el hombre. A esto volveré en el texto.

en algo que se denomina mercado de trabajo. A su vez, el mercado de trabajo es discriminatorio. Su discriminación va en contra de la mujer. No sólo los salarios, por lo general, son más bajos para las mujeres que para los hombres,<sup>12</sup> sino que, además, el índice de contrataciones, se muestra porcentualmente mucho más favorable para los hombres.<sup>13</sup> Curiosamente, Illich descubre, que, a medida en que el crecimiento económico aumenta, y que el capitalismo avanza aplanando lo vernáculo, dicha discriminación se vuelve mayor.

Ahora, el mercado de trabajo puede dividirse, por la forma en que se cuantifica —o intenta cuantificar— por los economistas en: economía registrada y economía subalterna o no registrada. Tanto en la economía registrada como en la no registrada, se obtiene dinero para comprar mercancías. En ambos tipos de economía, la mujer suele llevarse el papel más degradante y con el mínimo en su paga.<sup>14</sup>

Lo anterior se refiere a la competencia en el mercado de trabajo respecto al hombre y la mujer. Pero la mujer no sólo está discriminada en el mercado de trabajo, también lo está en lo que Illich denominó el *Trabajo Fantasma*. El trabajo fantasma, o trabajo sombra —como su nombre en inglés lo indica—,<sup>15</sup> se refiere a un tipo de trabajo que la economía no cuantifica —ni siquiera en el sector informal— pues no lo entiende como trabajo.

El trabajo fantasma es la otra mitad del trabajo asalariado. El trabajo asalariado sólo se consolida hasta el capitalismo. Pues sólo hasta dicha época la gente consume —con asiduidad— los bienes que se le ofrecen en el mercado. Al mercado capitalista se accede gracias al dinero obtenido de los salarios. De ahí que los salarios sean una novedad más de la cultura occidental en su etapa moderna.

Al existir una casi total —cuando no total— dependencia para conse-

<sup>12</sup> *El género...*, pp. 31-33.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 29-31.

<sup>14</sup> Véase *El género...*, pp. 43-52.

<sup>15</sup> *Shadow Work*, es el término en inglés. En el texto *Shadow Work...*, en el capítulo primero, fue donde Illich comenzó a hablar de trabajo fantasma. Ahí mismo lo definió y señaló la importancia de no omitirlo para un comprensión más amplia de la comúnmente descrita por los economistas, para percatarnos de la discriminación hacia las mujeres en las sociedades industriales.

guir todo tipo de productos del mercado, se vuelve indispensable una medida con la cual acceder a él: esta medida o patrón, se denomina dinero, y se obtiene en el llamado mercado de trabajo. Pero el trabajo asalariado, es decir, el propio del mercado de trabajo, para ser posible requiere de un tipo de trabajo no cuantificado como trabajo, que se denomina trabajo sombra o trabajo fantasma.

El vocablo trabajo fantasma es un neologismo que I. Illich y Claudia Von Werlhof acuñaron. Illich, respecto a dicho trabajo dice: “Lo acuñé para designar el esfuerzo no pagado del consumidor que agrega a una mercancía un valor adicional necesario para hacer útil a la unidad de consumo en sí”.<sup>16</sup> El trabajo fantasma es, por ejemplo, la educación que la madre da a los niños para que aprendan a utilizar tal o cual mercancía, o para que aprovechen tal o cual servicio (*i.e.* la escuela). De igual manera, cuando la mujer plancha o lava la ropa de su marido, convierte en más útil esa mercancía que él porta, llamada fuerza de trabajo. No sólo eso, el habla misma del niño, enseñada en buena parte por la madre, le permite a éste disfrutar de servicios como programas de televisión o escolares, que por sí mismos no tienen utilidad.<sup>17</sup>

El trabajo fantasma no pudo cobrar existencia hasta que el hogar se transformó en un recinto equipado para la función económica de mejorar mercancías deficientes de valor. El trabajo fantasma no pudo haber sido inequívocamente trabajo de la mujer antes de que el trabajo del hombre saliera de la casa, a la fábrica o la oficina<sup>18</sup> ...Ambos tipos de trabajo, el asalariado y el fantasma, proliferan con la industrialización... En el siglo XIX mientras el cambio tecnológico revolucionó el trabajo fuera de casa, al principio tuvo

<sup>16</sup> *El género...*, p. 53.

<sup>17</sup> Pues sólo hasta que el niño ha sido adiestrado, gracias al trabajo fantasma de la madre, éste puede aprovechar la educación escolar. De igual manera, existen una gama de productos que, sólo hasta que la madre enseña a utilizar o a necesitar al niño, tienen utilidad para él.

Cabe aclarar que, pese a que hasta el momento he dado a entender que el trabajo fantasma es sobre todo propio de las mujeres de las sociedades occidentalizadas, también los hombres modernos se ven obligados a gastar buena parte de su tiempo en el trabajo fantasma. Tal es el caso de la preparación previa necesaria para, por ejemplo, el manejo de una computadora o un automóvil.

<sup>18</sup> Pues antes el trabajo se llevaba a cabo cerca de la casa. Además, antes el trabajo ni del hombre

poco impacto en la rutina doméstica, excepto para afianzar el cerco dentro del cual quedó encerrada cada ama de casa.<sup>19</sup>

Ahora, si de por sí el trabajo fantasma es ya una discriminación en contra de la mujer en las sociedades occidentalizadas, cabe decir que, dentro del trabajo fantasma, las mujeres han sido también discriminadas.

Si sólo la mujer llevará la carga del trabajo fantasma parecería absurdo decir que, dentro del reino del trabajo fantasma, la discriminación opera en contra de la mujer. Sin embargo, esto es precisamente lo que sucede. En el trabajo fantasma, mucho más marcadamente que en el trabajo asalariado, hay una discriminación en contra de la mujer. Está atada a él en mayor grado, debe dedicarle más tiempo, tiene menos oportunidad de evitarlo, su volumen no disminuye cuando toma un empleo exterior, y se le castiga con mucha mayor crueldad cuando se rehusa a hacerlo. Lo que se les roba a las mujeres a través de la discriminación en los empleos registrados y no registrados, es sólo una pequeña fracción del precio que se les debe por el trabajo fantasma que realizan en casa sin remuneración.<sup>20</sup>

En fin, tanto en la economía registrada como en la no registrada y en el trabajo fantasma, Illich muestra contundentemente que la modernidad ha llevado a crueles discriminaciones en contra de la mujer.

Pero si la occidentalización ha sido en contra de la mujer en aquellos países en donde ésta ha tenido su mayor auge —no lo olvidemos, a mayor crecimiento, es decir, a mayor capitalización, mayor discriminación—, en los países en donde sólo a medias ha entrado la occidentalización, es decir, en los países subdesarrollados, la discriminación es peor.

---

ni de la mujer eran trabajos asalariados, pues ni uno ni otro dependían para su subsistencia de ningún mercado. El trabajo no pagado sólo puede ser trabajo sombra hasta que existe un trabajo asalariado al cual hacerle sombra.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 59. El encierro que en su hogar ha sufrido el ama de casa ha sido agudizado con la maquinaria de hogar. Este tipo de tecnología, cada vez ha hecho a las mujeres que se quedan en la casa, más solitarias; de ahí que Illich no exagere en decir que las nuevas amas de casa, son verdaderas aficionadas al *valium* y a las telenovelas. Y que estas nuevas aficiones, no sean más que un reflejo de su triste vida aislada.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 62.

La condición de las mayorías tercermundistas es:

se les niegan las oportunidades tradicionales de subsistencia y tampoco se les quiere en los buenos empleos que el desarrollo crea a regañadientes. En esta forma, tanto hombres como mujeres comparten la doble atadura de la mujer neoyorquina: la exclusión de un empleo decoroso y de la subsistencia. Para los pobres modernizados en los países pobres, el desarrollo económico se ha hecho equivalente a la feminización de una pobreza sin género... La exportación del trabajo fantasma de los países ricos a los pobres ha sido continuamente ignorada... Surge inmediatamente una pregunta: ¿está el ama de casa —trabajadora fantasma— hecha a imagen del habitante del barrio popular latinoamericano o es este último, dentro de la economía mundial, el nuevo amo de llaves, carente de género, del socio del norte ?<sup>21</sup>

Sin embargo, no sólo la discriminación propia del Tercer Mundo es la que sufren las mujeres subdesarrolladas; ellas sufren una doble discriminación: están discriminadas en cuanto tercermundistas —es decir, desplazadas generalmente a los peores trabajos de la economía internacional, sean éstos informales o formales—, y discriminadas en cuanto mujeres pues, si bien es cierto, por lo regular, todo tercermundista está discriminado respecto a todo primermundista, las mujeres tercermundistas, además, están discriminadas en cuanto mujeres. Las mujeres de la periferia son discriminadas por los habitantes de los países del centro, pero además, son discriminadas por los hombres de la misma periferia.

### Las relaciones entre géneros

Las relaciones entre géneros sólo tienen lugar en la medida en que ese *bulldozer* que aplana a lo vernáculo, no ha entrado a aplanar tal o cual terreno. Sólo en donde la modernidad no se ha consolidado, es en donde hombres y mujeres conservan algo de ese régimen del género.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 74 y 75.

No olvidemos que “el género es algo distinto e implica mucho más que el sexo. Expresa una polaridad social fundamental y en cada sitio distinta.”<sup>22</sup>

Por ejemplo “fuera de las sociedades industriales<sup>23</sup>, el trabajo unisex es una rara excepción, si acaso existe. Pocas cosas pueden ser hechas por mujeres y también por hombres.”<sup>24</sup>

La relación entre los hombres y las mujeres, en las sociedades del género pueden ser calificadas como relaciones de complementareidad ambigua y asimétrica.

La complementareidad entre géneros es tanto asimétrica como ambigua. La asimetría implica una desproporción en el tamaño o valor, en la fuerza o el peso; la ambigüedad no. La asimetría indica una posición relativa; la ambigüedad el hecho de que los dos no embonan de manera congruente... Siempre que la ambigüedad constituye las dos entidades que también relaciona, engendra nuevas incongruencias parciales entre hombres y mujeres que constantemente transtornan toda tendencia hacia la jerarquía y la dependencia.<sup>25</sup>

La relación entre hombres y mujeres es pues, una relación asimétrica ambigua. Y lo es en casi todos los terrenos de las culturas vernáculas, es decir, de las culturas en donde reina el régimen del género.<sup>26</sup>

La relación entre géneros en las sociedades vernáculas, por lo regular, es una relación de dos dominios diferentes. La diferencia que queda instituida en dichas relaciones, no conlleva a la denominación ni a la competencia entre géneros.

Ahora, en condiciones especiales, la barrera que se plantea entre los géneros, queda derribada, aún en sociedades vernáculas. Cuando esto sucede es porque algún tipo de calamidad envuelve a tal sociedad. En la nor-

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>23</sup> Entiéndase por sociedades industriales, no sólo las del Primer Mundo, sino aquellas en que el hombre ha sido remodelado como *homo oeconomicus*; es decir, aquel cuyas necesidades materiales las satisface en el mercado y ya no de manera vernácula.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>26</sup> Uno de los pocos campos en las sociedades vernáculas, en donde la relación es tanto para

malidad, el hombre y la mujer viven uno al lado del otro, pero sin pasar nunca uno del lado del otro. Es importante decir que, ninguno de los dos lados, es, para los vernáculos, más importante que el otro.

### **Motivos e implicaciones de las nuevas relaciones entre hombres y mujeres**

El cambio de relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades occidentalizadas o semi-occidentalizadas, tiene consecuencias no sólo políticas y económicas, sino que repercute también en la condición humana misma. No digo que haya una perversión de la naturaleza humana tras el proceso de occidentalización, tan sólo no quiero dejar de reconocer que las cosas no siempre han sido como son ahora.

Pero ¿por qué las relaciones entre hombres y mujeres cambiaron? ¿Qué orilló a los sueños igualitarios?

Factores económicos y políticos pueden acercarnos a una explicación coherente del asunto.

En cuanto a la economía, no olvidemos que, con el nacimiento del capitalismo, surge toda una serie de instituciones que para su funcionamiento requieren del ser humano como ente neutro. Pues hace falta un ser humano neutro para que vaya a un mercado neutro y consuma mercancías, muchas veces neutras, con dinero neutro. Y las mercancías se consumen tanto por hombres como por mujeres, porque ambos tienen las

---

hombres como para mujeres, una relación de igualdad, es la relación que se guarda respecto al tabú. Pues el tabú es una prohibición impuesta tanto a hombres como a mujeres, aun en las sociedades vernáculos.

Por otra parte, aquello que prohíbe a los hombres entrar al dominio de las mujeres y viceversa, no es un tabú, sino un *pané*. "Tanto el tabú como el *pané* designan una prohibición, pero lo que respectivamente prohíben está en espacios distintos. El tabú amenaza los géneros desde el exterior; hace que los hombres y las mujeres de un *gens* hablen en primera persona en plural: nosotros. *Pané* alude al otro lado de la luna, la otra mitad del mundo, aquella otra parte de nuestra realidad, acallada, que puedo conocer sólo a través de su reflejo en las palabras, miradas y acciones" (*ibid.*, p. 161).

mismas necesidades. Las necesidades neutras contribuyen a integrar no sólo al hombre de la casa a la economía de mercado, sino también a la mujer.

A su vez, el ser humano, el neutro ser humano, con necesidades neutras, es homogeneizado, controlado y manipulado por el mercado. Políticamente, el mercado es de enorme ayuda a las minorías del *upper class*. Con el mercado controlan buena parte de las vidas, no sólo de los hombres, sino también de las mujeres.

El control mediante el mercado de las vidas de las mayorías es de enorme importancia para nuestro tiempo. Al grado que se vuelve casi impensable ser autosuficiente. Casi todo el mundo recurre al mercado; prácticamente nadie produce lo que consume.

Las dimensiones adquiridas por la economía y la política, que neutralizan al hombre y a la mujer, que nos los presentan como seres iguales —discurso meramente ideológico, pues falsea una realidad evidente: la desigualdad del hombre y la mujer, mediante la discriminación—, crecen en la medida en que los hombres piensan que el mercado es la única vía para satisfacer sus necesidades. Tal idea, tras la Segunda Guerra Mundial, adquiere una importancia que nunca antes había experimentado.

Las promesas del progreso y el desarrollo orillan tanto a hombres como a mujeres a apostar por la dependencia del mercado. Por otra parte, junto a tales ideas, vienen mecanismos que *in factum* obligan a los seres humanos a depender del mercado; los sueños de progreso van casi siempre de la mano del robo de tierras, de violencia física en contra de las minorías que reniegan de subsistir en el mercado, de engaños, de préstamos impagables, etcétera.

Que la idea de que todo lo que necesitamos debe ser obtenido en el mercado, haya alcanzado los niveles a los que ha llegado en nuestros días, se debe al enorme poderío logrado por las grandes potencias comandadas primero por Inglaterra y luego por Estados Unidos.<sup>27</sup> De hecho, “Después

---

<sup>27</sup> Si el poderío de Estados Unidos y las demás potencias capitalistas ha llegado a ser tan grande, se debe en buena medida al planteamiento del crecimiento económico —y militar—, considerado como infinito. Véase la nota 2.

de la Segunda Guerra Mundial, el orden global fue concebido en términos de un mercado mundial unificado”.<sup>28</sup>

## Conclusión

La desigualdad o diferencia entre el hombre y la mujer, existente en casi todas las culturas, adquiere un tono triste e hipócrita en la cultura moderna. En ésta, las mujeres y los hombres siguen siendo diferentes, pero aquí, al contrario de lo que sucede en el resto de las sociedades, la desigualdad es discriminatoria.

Esa desigualdad que siempre existe entre el hombre y la mujer, en la modernidad se vuelve una desigualdad que pone a competir al hombre con la mujer y viceversa. Competencia que, por lo regular, han ganado los hombres. Es decir, si bien es cierto que en todas las sociedades el hombre y la mujer han sido diferentes, ahora el hombre y la mujer siguen siéndolo, pero compitiendo por trabajos, honores, etcétera.

La relación entre hombres y mujeres en las sociedades occidentalizadas o semi occidentalizadas, lejos de conllevar a la igualdad entre ambos, ha llevado a una desigualdad cruel. Cruel debido a que es una desigualdad en un campo en donde se pregona la igualdad.

Una vez que el género ha sido roto, o más bien, aplanado por ese *bulldozer* llamado modernidad, el hombre y la mujer siguen siendo diferentes. Pero ahora la diferencia entre ellos plantea una competencia. Dicha competencia es causa de enormes resentimientos, y de la institucionalización de cosas tales como la discriminación en contra de las mujeres.

Por otra parte, debemos considerar que los cambios que la modernidad trae consigo en las relaciones hombre-mujer, tienen implicaciones y causas económicas y políticas, con consecuencias mundiales. Podemos decir que parte importante del orden internacional se apoya en el planteamiento moderno de las relaciones entre hombres y mujeres.

---

<sup>28</sup> Sachs, W., “Un mundo contra muchos mundos”, en *Opciones*, núm. 7, México, p. 8.

¿Qué sería del orden internacional actual sin las mujeres y los tercermundistas discriminados, sin la neutralidad del ser humano que depende del mercado, sin el trabajo sombra y el asalariado? ¿No es acaso hablar de la carencia de todos estos elementos, hablar de un mundo vernáculo, es decir, completamente diferente al planteado por la modernidad?

